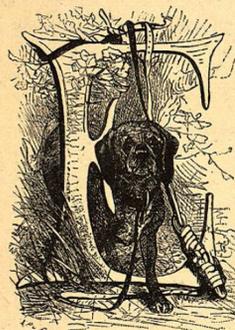


CAPITULO IX

CAPITULO IX

LA CAZA EN LA ANTIGUA ROMA.—LOS CIRCOS ROMANOS Y FIESTAS VENATORIAS

I



El nombre de Roma, la ciudad augusta é invicta que fué en la antigüedad faro luminoso que aun alienta y vivifica gran número de instituciones modernas, inspira siempre singular respeto y veneración.

Á través de las nebulosidades mitológicas y extravagantes que encubren los albores de todos los pueblos, descubrimos en la fundación de Roma un interesante dato venatorio. Rómulo y Remo, hijos de una vestal, fueron abandonados á orillas de un río, y en una comarca por donde vagaban toda suerte de fieras.

Los designios de la Providencia, según la tradición, lo dispusieron de otra suerte; y Rómulo y Remo, en lugar de ser devorados por feroces alimañas, fueron amamantados por una loba, y recogidos más tarde por el pastor Faustulus.

La escena de la loba nodriza de los fundadores de Roma abunda en los monumentos y medallas; y merece citarse un afejo grupo etrusco, trasunto fiel de aquella escena.

Tomo I.—Historia de la Caza

Los mismos errores, los mismos desvíos de los griegos, fueron patrimonio de los romanos.

Raza de conquistadores, trajeron, como trofeo, los dioses, las costumbres, los vicios, los errores de otros pueblos. El genio de Roma no se distinguió como original é inventivo, sino como asimilador.

Raza de bandidos y merodeadores, los primeros pobladores de Roma fueron audaces aventureros, que lo mismo combatieron con las alimañas que vagaban por los bosques de las antiguas Etruria, Sabinia y Campania, como combatían con furor y denuedo con los habitantes de aquellas comarcas.

Más adelante, cuando Roma se constituyó definitivamente sobre las ruinas de otros pueblos, entonces se dibujaron una á una sus instituciones y su carácter distintivo.

Guerreros sempiternos, que no dieron sosiego á los pies ni tregua á la mano, los romanos, antes que un pueblo agricultor, se alimentaron de la caza, y en las conquistas sucesivas, en que aquellos ejércitos de Asia y África, conduciendo á Roma, junto á millones de esclavos, millares de alimañas salvajes y feroces, tuvieron como principalísimo medio de sustento la caza.

La caza entre los romanos no gozó el favor que entre los griegos. La caza, como verdadera diversión cinagética, fué importada del pueblo heleno.

24

Los Escipiones, admiradores apasionados de la civilización helénica, llevaron a Roma los placeres venatorios más en boga en el Ática y el Peloponeso.

El joven Escipión Emilio hizo su aprendizaje como cazador bajo la dirección de los maestros de venación del Rey de Macedonia, reino que le cupo como parte de botín dado por Paulo Emilio, su padre adoptivo.

De regreso a Italia, continuó entregándose a este ejercicio en compañía del célebre historiador griego Polibio, que estaba con otros en Roma en calidad de rehenes. La juventud patricia siguió con ardoroso entusiasmo las huellas trazadas por Escipión; y el poeta Terencio, otro de los protegidos de aquella ilustre familia, nos refiere, en *Adriana*, la pasión de los jóvenes de aquel tiempo por los caballos y perros de caza ⁽¹⁾.



Roma.—Caza del jabalí

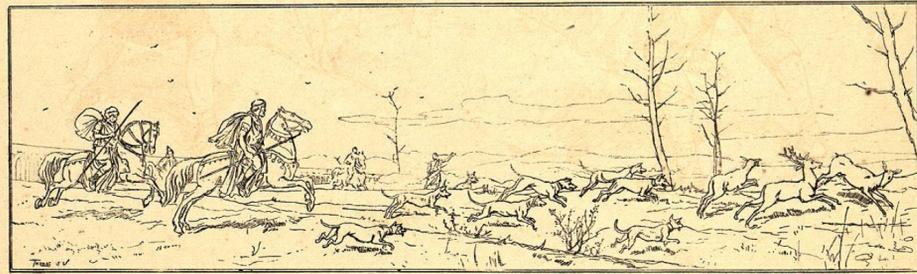
Estos ilustres ejemplos no pusieron freno a la lengua de Salustio, que ocultaba, bajo un manto hipócrita de austeridad, el epicureísmo de su vida, tachando de ocupación servil (*servile officium*) un arte que no habían desdeñado Platón, Jenofonte, ni aun su ilustre contemporáneo Cicerón. Este preclaro orador, que quizás por sus hábitos graves y estudiosos podía mirar como frívola la diversión de la caza, la declaró muy honrosa e imagen viva de la guerra.

Las discordias civiles detuvieron los progresos de

los romanos en el campo cinegético.

Cuando tras la tempestad vino la bonanza, y el mundo respiró bajo el reinado de Augusto, entonces los romanos se entregaron de nuevo a los placeres venatorios.

El sucesor de Julio César, afanoso de avivar entre



Caza de venados

los pueblos el gusto varonil y salutífero de la vida campestre, hizo que los poetas que le rodeaban cantasen los placeres del campo, y la caza no fué olvidada.

(1) *Quod plerique omnes faciunt adolescentuli
Ut animum ad aliquod studium adjungant aut equos
Alere, aut canes ad venandum.*

Catilina, para atraer a su partido a los jóvenes patricios, les regalaba caballos y perros de caza.

Virgilio consagró a los esparcimientos cinegéticos algunos bellísimos versos de sus *Geórgicas*.

Los cachorros laconios,
y el perro Epiro criarás con suero;
que a los lobos ausonios
no temerás, ni al español guerrero,
como estén tus guaridas
de tan valientes guardas guarnecidas.

Persigue al fiero onagre,
y caza con los perros a la liebre;
el venado consagra
sus cuernos al cuchillo y se los quiebra;
y a la red industrioso
trae acosado al jabalí cerdoso.

Horacio se ocupó también de la caza, colocándola en el primer rango de los placeres campestres, unas veces lanzando a los mismos algunos dardos inofensivos, como en el retrato que hizo de un cazador jactancioso, que atravesaba muy de mañana el foro, lleno de armas, seguido de criados y perros, y que regresaba



Caza del león entre los romanos

de noche llevando atado sobre un mulo un jabalí que había comprado ⁽¹⁾; o bien en los deliciosos perfiles del mancebo patricio que al salir de manos de su pedagogo

no sueña más que en caballos y perros; y del cazador apasionado que abandona su hogar y su esposa en lo más crudo del invierno para ver a sus perros perseguir a los ciervos, ó combatir el jabalí *Morses* ⁽²⁾.

Pero el mejor elogio de la caza se halla en dos versos de una epístola de Horacio, en que el inspirado poeta vindica a la venatoria de los injustos desdenes de Salustio y de su *servile officium*, calificándola de viril y

(1) *Venemur ut olim....
Gargilius, qui mane plagas, venabula, servos
Differtum transire forum populiumque, jubebat
Unus ut e multis, populo spectante referret
Emptum mulus aprum....*

(Epist., lib. I, 6)

(2) *Odisea*, lib. I.